

Mentes trabajando

Una valoración de la inteligencia
del trabajador estadounidense

The Mind at Work

Valuing the Intelligence
of the American Worker

Copyright © Organización Internacional del Trabajo (OIT/Cinterfor) 2016

Todos los derechos están reservados, inclusive los derechos a reproducir parte o todo el contenido.

Esta edición fue realizada en arreglo con Viking, una imprenta miembro de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

Traducción realizada por OIT/Cinterfor del original en inglés: *The mind at work: valuing the intelligence of the American worker* / Mike Rose.

First published in the United States of America by Viking Penguin, 2004.

Copyright ©2004, 2014, 2016 by Mike Rose

All rights reserved including the right of reproduction in whole or in part in any form.

Las publicaciones de la Oficina Internacional del Trabajo gozan de la protección de los derechos de propiedad intelectual en virtud del protocolo 2 anexo a la Convención Universal sobre Derecho de Autor. No obstante, ciertos extractos breves de estas publicaciones pueden reproducirse sin autorización, con la condición de que se mencione la fuente. Para obtener los derechos de reproducción o de traducción deben formularse las correspondientes solicitudes Publicaciones de la OIT (Derechos de autor y licencias), Oficina Internacional del Trabajo, CH – 1211 Ginebra 22, Suiza, o por correo electrónico a rights@ilo.org, solicitudes que serán bien acogidas.

Las bibliotecas, instituciones y otros usuarios registrados ante una organización de derechos de reproducción pueden hacer copias de acuerdo con las licencias que se les hayan expedido con ese fin. En www.ifrro.org puede encontrar la organización de derechos de reproducción de su país.

Rose, Mike

Mentes trabajando. Una valoración de la inteligencia del trabajador estadounidense. Montevideo: OIT/Cinterfor, 2016. 80 pp.

ISBN: 978-92-9088-280-0

APRENDIZAJE/CAMARERO/CARPINTERÍA/COEFICIENTE INTELECTUAL/COMPETENCIA/
EDUCACIÓN/ELECTRICIDAD/FORMACIÓN PROFESIONAL/OFICIO/PELUQUERÍA/ TRABAJO

Las denominaciones empleadas, en concordancia con la práctica seguida en las Naciones Unidas, y la forma en que aparecen presentados los datos en las publicaciones de la OIT no implican juicio alguno por parte de la Oficina Internacional del Trabajo sobre la condición jurídica de ninguno de los países, zonas o territorios citados o de sus autoridades, ni respecto de la delimitación de sus fronteras. La responsabilidad de las opiniones expresadas en los artículos, estudios y otras colaboraciones firmados incumbe exclusivamente a sus autores, y su publicación no significa que la OIT las sancione.

Las referencias a firmas o a procesos o productos comerciales no implican aprobación alguna por la Oficina Internacional del Trabajo, y el hecho de que no se mencionen firmas o procesos o productos comerciales no implica desaprobación alguna.

Las publicaciones y los productos digitales de la OIT pueden obtenerse en las principales librerías y redes de distribución digital, u ordenándose a: ilo@turpin-distribution.com. Para mayor información visite nuestro sitio web: www.ilo.org/publns o contacte a: ilopubs@ilo.org

El Centro Interamericano para el Desarrollo del Conocimiento en la Formación Profesional (OIT/Cinterfor) es un servicio técnico de la OIT, establecido en 1963 con el fin de impulsar y coordinar los esfuerzos de las instituciones y organismos dedicados a la formación profesional en la región.

Las publicaciones de OIT/Cinterfor también pueden obtenerse en el Centro, Avda. Uruguay 1238, Montevideo, Uruguay. Tel. 2 9020557 o por correo electrónico a: oitcinterfor@ilo.org. Sitio web: www.oitcinterfor.org

Impreso en Uruguay

Índice

Introducción Mente y trabajo	5
Capítulo uno. La vida de una camarera en el trabajo	21
Capítulo dos. Peluquería y estilismo.....	43
Capítulo tres. La inteligencia de la plomería.....	61
Capítulo cuatro. Un vocabulario de carpintería.....	71
Capítulo cinco. Técnica de reflexión: instalaciones eléctricas	97
Capítulo seis. Dos vidas: una soldadora y un capataz	111
Capítulo siete. Mano y cerebro, un concepto para replantearse.....	129
Capítulo ocho. La mano y el cerebro en la educación: la paradoja de la educación técnico-profesional.....	149
Conclusión. La vida en el trabajo.....	171
Epílogo. Sobre el método	189
Agradecimientos	195
Notas	199

Para

Rose Emily Meraglio

y para

Frank y Joe

Lo aprendí de ellos

Introducción

Mente y trabajo

Crecí siendo testigo de la inteligencia de la camarera en movimiento, del soldador reflexivo, de la estrategia del que está en la línea de montaje. Para mí, entonces, esto es un hecho: el trabajo físico implica pensamiento. Ese trabajo físico generó el alimento de mi familia, configuró historias de aflicción y habilidad, determinando mi concepción del mundo. Provengo de una familia de inmigrantes que, con dos excepciones, no terminaron la escuela secundaria y trabajaron como obreros o en el sector de los servicios durante todas sus vidas. A mí no me fue tan bien en la escuela tampoco, seguí varios años la orientación técnico-profesional, e ingresé a los estudios superiores a prueba: el primero en mi familia en pasar la escuela secundaria. En toda esta historia se entrelazan medidas de capacidades intelectuales y los presupuestos sobre esta. Así que he estado reflexionando sobre este asunto de la inteligencia durante mucho tiempo: la manera en que decidimos quién es inteligente y quién no lo es, la manera en que el trabajo que alguien realiza alimenta ese juicio, y el efecto que tal juicio tiene sobre el sentido de quiénes somos y qué podemos hacer.

Mi familia tuvo trabajos duros. Años después llegaría a comprender la dinámica de la categoría ocupacional y la clase social, pero ya en ese entonces podía sentir lo difícil que era el trabajo y que sin él pasaríamos hambre. También notaba que la gente aprendía a través del trabajo. Y llevaban a la práctica lo que aprendían. Esa experiencia fue muy específica –no abstracta– para mí, surgida de los momentos de trabajo en vivo que había presenciado, a partir de todo tipo de objetos e imágenes, de sonidos y de olores, de los ritmos del cuerpo. Aún me quedan esos detalles sensoriales, resonantes.

En el medio de la cocina de mi abuela había una mesa cubierta con un plástico resbaladizo. Allí todo el que venía de visita bebía un café, con la silla de costado para hablar con ella mientras cocinaba. Todas las comidas se hacían en esa mesa. Mi tío Frank, soldador en el Ferrocarril de Pensilvania, vuelve del trabajo, pantalones sucios con olor a aceite industrial, su rostro manchado con hollín. Se lava en el fregadero, mangas recogidas, lavando los brazos, con mucha espuma, inclinándolos bajo el grifo. Se acomoda en la mesa; hay una radio junto a él, la prende para escuchar las noticias. Mi abuela coloca un gran plato de pasta humeante delante de él, con una salsa de tomate bien roja; hay una fuente con chuletas, cocidas más temprano, en el centro de la mesa. Las manos de Frank son enormes, y mientras nos habla –una voz grave que se alza rápidamente con el asombro– arranca un gran trozo de pan tipo italiano y comienza a comer con una atención y capacidad que llegaron a ser objeto de las anécdotas cómicas que sus hermanos contaban sobre él, cuentos que a mí me llegarían de oído. Después de un rato, empuja la silla hacia atrás, pero no demasiado lejos, desabrocha sus pantalones, dice que ha comido demasiado, y estira la mano para agarrar una chuleta, o una rebanada de pan, y se reclina nuevamente, un placer profundo frente al amargo frío y al agotamiento de la fábrica.

Frank era un tipo que se preocupaba por saber; leía mucho y preguntaba hasta haber comprendido cómo funcionaba algo. Era agradable estar con él. Lo recuerdo, su buena dicción, guiándome por todo el Museo del Trabajador Ferroviario: modelos de cortes transversales de tren de rodaje; diagramas y datos técnicos sobre locomotoras a vapor, diesel y eléctricas; fotos de vagones de carga de madera, furgones de cola, el interior de un vagón de pasajeros de primera clase; trabajadores en pose; mucho equipamiento de reparaciones; y una maqueta de una línea de ferrocarril en funcionamiento. Conocía las numerosas quejas de Frank sobre el ferrocarril: despidos y un calendario imprevisible, el horario brutal, el frío penetrante o el calor sofocante, las quemaduras en brazos y piernas. Pero Frank también se consideraba un “ferroviario”, alguien que contribuyó a esa gran industria de Estados Unidos. Hacer un buen trabajo era importante. “Trabaja duro –escribió a su hijo, lejos en el ejército–. A nadie le gusta tener un papanatas”. Uno de los momentos que recuerdo de aquel día en el museo, sencillo pero que perduraría en mí, es cuando Frank, parado frente a una vitrina, señalando alguna miniatura de cables y aparatos, me explicaba en detalle cómo funcionaba, tomándose su tiempo hasta que yo lo hubiera comprendido.

Mucho se ha escrito, tanto en ficción como en memorias, sobre el trabajo físico de nuestros ancestros: desde testimonios de las granjas de la pradera, los molinos y las minas, hasta los cuentos sobre la vida de los inmigrantes: desde el Lower East Side de Nueva York a los terrenos agrícolas del centro y sur de California. Uno de los momentos más emotivos del discurso inaugural de Mario Cuomo [1] durante la Convención Nacional Demócrata de 1984 es el recuerdo de su padre trabajando largas y arduas horas en el almacén de su familia, enseñando al joven Mario “todo lo que necesitaba saber sobre fe y trabajo duro a través de la simple elocuencia de su ejemplo”. Esa invocación es un fuerte argumento para los estadounidenses, remueve hasta lo más profundo de nuestras historias personales y culturales. Qué interesante es, sin embargo, que nuestros testimonios sobre el trabajo físico tan a menudo se centran en los valores que ese trabajo presenta en vez del pensamiento que requiere [2]. Es una omisión sutil pero generalizada. No obstante, hay una mente que trabaja con dignidad, y los valores están íntimamente relacionados con el pensamiento y la acción.

Es como si en nuestra iconografía cultural hubiera un brazo musculoso, la manga recogida hasta sus bíceps, pero sin ningún signo de intelectualidad en sus ojos, ninguna imagen que una la mano con el cerebro. Me pongo a pensar en el padre de Cuomo. Imagino las muchas decisiones que tuvo que tomar, las alternativas grandes y pequeñas que puso en la balanza, los momentos en los que tuvo que encontrar soluciones rápidas a pesar del agotamiento.

Mi madre conformó su identidad adulta en el negocio del restaurante y, durante toda mi infancia, trabajó de camarera en cafeterías y restaurantes familiares. Mi padre y yo a veces la visitábamos en *Coffee Dan's*, esperábamos que terminara su turno y volvíamos juntos a casa en el autobús, mientras ella sentía cómo le dolían los pies. Cuando trabajó detrás de la barra y cobraba, teníamos dos taburetes cerca de la caja registradora; cuando estaba en el salón principal, nos sentábamos en la

mesa del fondo donde las camareras tomaban su descanso. Pasábamos el tiempo con ella una vez que terminaba la hora central del almuerzo o de la cena. No había mucho para hacer para un niño, las horas se hacían largas, así que escuchaba a los cocineros y a las camareras. Hablaban sobre los clientes, o sobre el encargado, o sobre ellos mismos, sobre lo que pasaba en sus hogares con sus hijos, sobre cuán cansados estaban. Y los veía trabajar.

Recuerdo a ciertas personas, como a la compañera de mi madre, Rose Goldstein, una mujer amable que vivía al otro lado de la ciudad adonde la íbamos a visitar, y Bobbi, la nueva empleada que recién había terminado la secundaria, de la que me había enamorado desesperadamente. Y estaba aquel cocinero, cuyo nombre ya olvidé, que se sentaba en la mesa durante el descanso a fumar, con el delantal blanco todo lleno de manchas de comida que llegaban hasta los zapatos. En la última mesa nos llegaba el olor penetrante de la parrilla y el olorcillo de alimentos rancios y cigarrillos, cáscaras y restos. Esos olores se impregnaban en el uniforme y en el cabello de mi madre. Cuando había mucho trabajo, el repiqueteo de la cocina y del lavaplatos era más fuerte, y podía sentir que el ritmo del lugar se aceleraba: la cacofonía de las voces de los clientes; las camareras que iban y venían zigzagueando, avisando cuando alguien pasaba por detrás de otra persona con una voz impasible pero apremiante a la vez; todas esas personas comiendo por separado en un gran espacio público.

Recuerdo la jerga del restaurante, me gustaba el código que se usaba. A las mesas se las identificaba por el número de sillas (y, por consiguiente, de clientes): mesas de dos, mesas de cuatro, mesas de seis. Las diferentes zonas tenían nombre: el sector rápido en la entrada era el autódromo. Las comandas se abreviaban para el cocinero: mi madre pedía cuatro fritos en dos y colgaba el pedido en el sujetador giratorio. Hablar ese lenguaje le daba a uno cierta autoridad, un dominio de la situación destacable.

Tengo muchas imágenes de mi madre trabajando, distintas de las otras esferas de su vida: caminando a toda velocidad con un brazo lleno de platos y dos tazas de café sostenidas de alguna manera en la otra mano; tomando comandas, lápiz sobre el bloc; dejándose caer en el asiento al lado de mi padre, haciendo resoplar el cojín; diciendo “estoy exhausta” y susurrándonos algo rápidamente sobre un cliente. Parada frente a una mesa, con el brazo lleno de platos, sacando uno para esta persona, luego otro, y otro, siempre demostrando hacerlo bien, sabía quién había pedido la hamburguesa, quién camarones fritos. Discutiendo con el cocinero por una comanda devuelta; “me contestó de mala manera”, nos contaba, a la carrera. La recuerdo sentada de costado en la última mesa, conversando con nosotros, agarrándose del canto de la mesa, mirando el salón y tomando nota, en plena conversación, de quién necesitaba algo, quién estaba terminando, qué comanda estaba demorada.

¿Qué aprendí sobre el trabajo como el de Frank o el de mi madre, de mecánico industrial o de la vida en un restaurante? Ciertamente que era duro, arduo físicamente, sucio, nocivo. Nunca conocí a mi abuelo –murió de neumonía antes de que yo naciera– pero escuché, con cierta frecuencia, la anécdota de cuando perdió

la pierna en las instalaciones de la estación de ferrocarril, el mismo lugar donde trabajaba Frank. Ese no era el tipo de trabajo que mis padres y tíos y tías querían para sus hijos. Sabía, también, que el trabajo era inestable: uno podía perder su trabajo, con consecuencias desastrosas. Si bien era duro y a veces se despotricaba contra él, al trabajo se lo codiciaba, pues mantenía la pobreza a raya. Una razón por la que mi madre valoraba ese trabajo es porque sabía que siempre podría encontrar empleo. También me hice una idea clara, a partir de observar a mi familia o a mis vecinos, tener trabajo, aun cuando uno terminara la jornada aniquilado, afectaba el estado de ánimo en general, el comportamiento de uno. Los hombres del barrio que estaban desocupados andaban lamentablemente sin saber qué hacer, sentados por ahí, apáticos, con mucho tiempo libre. Mi madre se lamentaba del castigo físico de su empleo, pero al mismo tiempo mencionaba “estar entre el público”. Esa frase significaba para ella la afirmación de un logro. El Ferrocarril de Pensilvania tenía a Frank –como a muchos en la ciudad– bien agarrado, y él lo maldecía a menudo. Pero era, al fin y al cabo, un ferroviario: trabajo duro, masculino, con repercusión a nivel nacional. El trabajo que mi tío y mi madre realizaban influyó en sus sentidos de identidad y, si bien los limitaba de muchas maneras, les brindó un medio para hacer algo en este mundo.

Hacer algo en este mundo. No hubiera podido expresarlo así cuando era pequeño, pero el trabajo que yo presencié se conectó en mi mente con acción y competencia: eso es lo que significaba para mí ser un adulto, y estaba íntimamente ligado al trabajo físico. Y, como todo niño, yo ansiaba ser competente. Me llamó la atención la terminología, la jerga de los trenes de carga o las comandas, porque no todos las podían usar, en particular usarlas correctamente, para lograr el resultado esperado. Con determinados movimientos del cuerpo también se logra que ocurran cosas, en el restaurante o en las instalaciones del ferrocarril. Y había conocimiento de herramientas y aparatos, llaves, y sierras para cortar metales y cintas métricas, pero también de la caja registradora y de la licuadora que zumbaba. Unido a este conocimiento están los secretos del oficio. Y qué placer sentía cuando uno de mis tíos o un cocinero o una camarera me mostraba cómo hacer algo de forma más efectiva, con menos esfuerzo y más refinamiento. Agárralo así. Muévelo, así. ¿Ves? Me convertía en un conocedor entendido del trabajo, aunque solo fuera por un momento.

He sido docente durante más de treinta años en muy variados entornos: de jardines de infantes a programas de alfabetización para adultos, y ahora en un posgrado en educación de una universidad de investigación. Muchos de los grupos a los que enseñé y que estudié eran considerados en riesgo educacional, y las dudas sobre la capacidad intelectual, ya sea implícitas o explícitas, eran omnipresentes. Y en una facultad de educación, la habilidad, la escolaridad y el trabajo integran el mismo terreno conceptual. Algo que aprendí de todo esto es la gran influencia que nuestras suposiciones sobre la inteligencia tienen sobre la manera en que se define y se trata a las personas en el aula, en el ámbito de trabajo y en la esfera pública. Parece apropiado, entonces, tomar las herramientas de investigación con que cuento ahora y emplearlas en el trabajo representado por mis ancestros

–trabajo fabril, oficios calificados y semicalificados y ocupaciones en el sector de los servicios– concentrándome en los procesos mentales que intervienen en la realización de dichos trabajos, el pensamiento que lo hace posible. Desde luego, nuestra percepción de las ocupaciones se encuentra moldeada por la forma de capitalismo que se ha desarrollado en Estados Unidos y por las tradiciones sociales que acompañan a determinadas ocupaciones. Pero hay creencias sobre la mente impregnadas en esta historia económica y cultural. *Mentes trabajando*, entonces, ofrece un análisis del trabajo físico y de la inteligencia y una reflexión sobre cómo se los podría pensar con más claridad e imparcialidad.

* * *

El trabajo, como fuerza política y social, ha disminuido su poder y tiene menos presencia en la imaginación nacional. El trabajo que actualmente estimula nuestra imaginación implica alta tecnología, medios electrónicos y “análisis simbólico”. Proclamado como un tipo de trabajo sin precedentes, dicho “trabajo del conocimiento” representa una oportunidad emergente [3]. Se lo asocia con altos niveles de educación, y no hay dudas de que un trabajo de este tipo requiere un alto grado de competencia analítica. Lo que me preocupa, sin embargo, es la insinuación –evidente en el discurso generalizado sobre el trabajo– que los tipos de trabajo más antiguos, como el manufacturero o de servicio, son, en líneas generales, irreflexivos, “del cuello para abajo” en vez “del cuello para arriba”. (Existe aquí, por cierto, un grado de amnesia histórica [4]: cada generación industrial pregona las demandas intelectuales sin precedentes de su propio trabajo.) Pero a pesar de identificarse con otra época, el trabajo del cuerpo y de la mano sigue creando la red material de la vida cotidiana. Como con cualquier logro humano, ese trabajo merece nuestra comprensión; y la manera en que nos referimos a él, importa. La dimensión sobre la que se discute menos y que menos se aprecia –y de la que podemos continuar aprendiendo– es el pensamiento que implica hacerlo bien.

Un tema relacionado es la manera en que clasificamos el trabajo mismo. “Quienes escriben sobre el trabajo –observa el sociólogo Steven Peter Vallas [5]– rutinariamente emplean ciertas categorías establecidas: ‘cuello azul’ versus ‘cuello blanco’, trabajo ‘mental’ versus ‘manual’. Vallas reconoce que estas categorías a veces son útiles, pero que dependemos demasiado de ellas y no logramos “observar características comunes sutiles entre formas de trabajo aparentemente diferentes...” Estas categorías restrictivas reafirman sesgos de larga data sobre determinadas ocupaciones y hacen que no entendamos: los procesos mentales que hacen posible el servicio. La estética del trabajo físico. La compleja interacción de lo social y lo mecánico. La coreografía de la mano, el ojo, el oído, el cerebro. La omnipresencia de la abstracción, la planificación, y la resolución de problemas en el trabajo cotidiano.

Las reflexiones políticas más inmediatas sobre el trabajo –escribo esto, por ejemplo, durante un período de recesión económica y una frágil “recuperación sin empleo”– se centran en soluciones tangibles específicas: estímulo económico, creación de empleo, programas de capacitación, etc. Vinculadas con esas reflexiones hay evaluaciones del estado de la fuerza laboral, de la cantidad de desempleados,

medidas burdas de niveles de competencia, desglosadas por raza y género. Y también hay una evaluación más amplia de la fuerza laboral que será la preocupación central de este libro: el sentido general de lo que los trabajadores pueden hacer, su competencia, su capacidad intelectual. Dichas evaluaciones podrán incluir también medidas específicas: por ejemplo, la culminación de la enseñanza secundaria como indicador de lectura, escritura y matemática; pero este reconocimiento también tiene una dimensión psicológica y cultural, así como la hay, al menos en algunas corrientes de pensamiento, para las evaluaciones de la economía. Consideremos, entonces, una observación del periodista en temas laborales John P. Hoerr [6]: “Desde el inicio de la industrialización, una noción peculiar ha ganado predominancia en Estados Unidos: que los asalariados con sus representantes no tenían la competencia para manejar temas y problemas complejos que requerían conocimiento abstracto y habilidad analítica”. Este sentido de deficiencia está en nuestra médula cultural, y afecta, y distorsiona, las respuestas económicas específicas que desarrollamos, desde la educación y formación para el trabajo hasta la manera en que se organiza el trabajo.

En el país actualmente se están debatiendo la formación de la fuerza laboral y una variedad de experiencias educacionales que implican la integración del currículo académico y técnico-profesional y la transición de la escuela al trabajo. Pero hay muy poca bibliografía en el área de la educación sobre cualquier análisis minucioso de la dimensión cognitiva del trabajo físico. Esta ausencia, creo, está enraizada en las nociones reductivas que la sociedad conlleva sobre dicho trabajo y las personas que lo realizan, nociones que prueban ser especialmente problemáticas cuando intentamos repensar la conexión entre la escuela y el ámbito de trabajo.

También pienso que aquí intervienen importantes temas sociales. Los juicios sobre la inteligencia pesan mucho en nuestra cultura, y una de las formas de juzgar la inteligencia de cada uno es a través del trabajo que realizamos. Se pueden distinguir muchos tipos de trabajo, según los ingresos, la autonomía, la limpieza, el riesgo físico, etc., distinciones que tienen un significado material despiadadamente real, pero también uno simbólico. Hay un marco moral y caracterológico en torno a la autonomía del trabajo, los ingresos, la limpieza, que nos hace trasladar las calidades del trabajo a las del trabajador. Esa forma de generalizar, este desplazamiento de presupuestos, está arraigado en nuestra historia cultural: desde describir a mecánicos de la época posterior a la guerra de la Independencia [7] como analfabetos e incapaces de participar en el gobierno, hasta calificar a los operarios de la industria automotriz como escuché a un supervisor de “un montón de tontos”. Esas generalizaciones sobre la mente y el trabajo están estrechamente vinculadas a la dinámica de la clase social e impactan sobre la forma en que pensamos sobre cada uno y sobre nosotros mismos. Uno de los descubrimientos más llamativos que la autora Bárbara Ehrenreich hizo trabajando en una serie de empleos de salarios bajos para escribir “Nickle and Dimed” fue lo invisible que ella pasó a ser [8]. La manera en que se define el trabajo y las atribuciones que hacemos al respecto afectan más que la categoría ocupacional y el ingreso; esas atribuciones influyen sobre el tipo de vida social y cívica que podemos imaginar.

* * *

En los siguientes capítulos se encuentran varios términos clave, que son de amplio alcance y empleados de tantas maneras posibles que es preciso definir.

Primero, *inteligencia* y el término más amplio, *cognición*. Cognición refiere a los procesos mentales de percepción, atención, memoria, conocimiento, valoración [9]. Estos se manifiestan a través de este tipo de trabajo cuando la camarera prioriza tareas durante las horas punta o cuando el electricista repara un circuito que falla. Algunos investigadores estudian la cognición en laboratorio y otros en entornos naturales. Comentaré más sobre el método en el epílogo, pero mencionaré aquí que recurrí a ambos tipos de estudios para fundamentar el argumento de este libro. Pero la mayoría de las descripciones de cognición que leerán provienen de mis estudios de las personas en sus trabajos. El restaurante concurrido, la obra y la planta de producción, cada uno presenta diferentes tareas para resolver, invoca diferentes procesos cognitivos. Asimismo, la cognición está –creo yo– estrechamente vinculada a los motivos y a los valores, a objetivos de largo alcance así como inmediatos, y a la historia de vida de cada uno. Como dice muy gráficamente un amigo: somos más que un cerebro en una botella. Pensamos en un mundo material y social. Entonces, cuando puedo, ofrezco información bibliográfica de las personas que observamos, y puedo brindar muchos más detalles de ese tipo en la descripción general familiar que impregna todas estas páginas. Al fin y al cabo, fue a través de mi familia que vi por primera vez el trabajo al alcance de mi mano.

Aun cuando es más específico que *cognición*, *inteligencia* es un concepto controvertido [10]. Para empezar, combinaré las más conocidas definiciones occidentales de inteligencia: es la capacidad de aprender y actuar sobre el entorno para aplicar conocimiento ante nuevas situaciones, para razonar, planear y resolver problemas. Estas definiciones prevalecen en la política educativa y la clasificación de los empleos, así que nos van a resultar útiles, ya que son los términos de nuestro discurso público. Pero debemos tener presente que hay aspectos de la actividad mental humana que no los capturan las definiciones estándares de inteligencia. Esos aspectos se manifestarán, sin embargo, en el marco del trabajo que exploraremos.

Dado que el término *inteligencia* está cargado de implicancias, permítanme contextualizarlo un poco más y brindar mi propia perspectiva. La forma en que pensamos la inteligencia en Estados Unidos ha sido moldeada durante el último siglo por la medición mental del modelo psicométrico, que la mayoría de nosotros conoce a través de una prueba de inteligencia que se toma en la escuela o en el ejército. Esta historia contribuyó –a veces por malinterpretación– a que surgieran varias creencias generalizadas interconectadas sobre la inteligencia: que es una calidad única y unitaria (entonces, si uno es inteligente, es inteligente en todos los contextos); que es fija, consistente (y esto se ve en otras creencias sobre el grado en que se hereda la inteligencia); que se la puede medir con precisión con un instrumento como la prueba de inteligencia y se la puede representar numéricamente, en general con una puntuación del C.I. (cociente intelectual).; y que el éxito de las personas en la vida o, en general, su lugar en el orden social, es un reflejo de su inteligencia. Este libro no es el lugar para volcar los diversos razonamientos de la educación, la psicología, la antropología y la ciencia cognitiva sobre esas afirmaciones. Basta decir que estas

–y otros aspectos de la medición mental, así como los procedimientos estadísticos que son centrales en ese campo– se refutan con vehemencia y, de hecho, lo han sido desde que el padre de la prueba moderna de inteligencia, Alfred Binet, expresó dudas sobre el uso y la interpretación de su instrumento.

También es importante destacar que en el mundo occidental existen fuertes tradiciones de investigación que resultan en otras concepciones de inteligencia y otros medios para evaluarla. De diversas maneras, esas tradiciones proponen, por ejemplo, que la inteligencia tiene múltiples componentes, o que hay múltiples inteligencias; que la inteligencia es variable y dinámica; que el contexto social es crucial para que surja y se manifieste; que la creatividad, la emoción, la respuesta estética y el uso del cuerpo –apartada de las definiciones psicométricas y pruebas de inteligencia tradicionales– se deben considerar como aspectos del comportamiento inteligente. Y, por último, es muy importante destacar que todo debate sobre la inteligencia se vincula a la cultura. Algunos aspectos de lo que consideramos inteligencia se podrán superponer con definiciones de otras culturas, pero muchas culturas postulan una variedad de otros atributos, o atributos diferentes, como por ejemplo, la capacidad de vivir en armonía con otros.

Es indiscutible que la educación formal afectará la puntuación que uno obtenga en una prueba de inteligencia, ya que estas pruebas tienden a incluir más elementos verbales y numéricos. El gran desafío para quienes diseñan las pruebas, entonces, consiste en crear al menos unos pocos componentes que, en teoría, no se vean afectados por la escolarización, como, por ejemplo, identificar el elemento faltante en un patrón visual. Si bien el éxito de esta iniciativa es aún otro tema controvertido, parece muy obvio que es difícil –algunos dicen imposible– desenmarañar los efectos de la educación (incluso la familiaridad con pruebas como esas y la inversión en aquellas) del efecto de la inteligencia “pura”. Esto es lo que a mí me inquieta, dado el espíritu de este libro: Si a uno le va bien en una prueba de inteligencia, eso claramente indica algún tipo de competencia cognitiva. Pero si a uno no le va bien – e, históricamente, entre los que tiene peores resultados se encuentran los trabajadores con ingresos bajos –, entonces el significado de la puntuación es mucho menos claro. Por lo cual tenemos una medida que funciona únicamente en el extremo superior de la escala. Obtener una buena puntuación nos indica algo sobre la inteligencia –y, normalmente, sobre la escolarización– pero obtener una puntuación baja brinda mucha menos información sobre la capacidad intelectual... aunque esos malos resultados dicen mucho sobre oportunidades educativas. Mi preocupación es la facilidad con la que los malos resultados se interpreten como una medida precisa de la inteligencia, y el efecto que la interpretación tiene en la persona que examina, tanto personal como socialmente.

Esto no es un llamado al igualitarismo simplificado. No estoy negando el hecho evidente que las personas encaran toda actividad con diferentes intereses, talentos, facilidades para determinadas cosas, motivaciones y capacidades. Tampoco afirmo que todos los campos del conocimiento y el conjunto de las manifestaciones de la mente tengan el mismo nivel de complejidad cognitiva e importancia social. Todas las culturas que conozco juzgan la competencia en las esferas que les importan. (Si

bien la nuestra está más obsesionada que cualquier otra que conozco por elaborar mediciones de la mente y sistemas para clasificarlas.) No, lo desconcertante es que tanto en nuestros sistemas institucionales como en nuestra conversación informal tendemos a clasificar categorías enteras de trabajos y a las personas que los realizan de maneras que generalizan, eliminan la variabilidad cognitiva y reducen tradiciones enteras de actividad humana. Las atribuciones de mérito y valor fluyen a lo largo de todo el proceso. Ordenamos, clasificamos, colocamos en peldaños de una escalera en vez de apreciar un terreno cognitivo abundante y variado.

Habilidad (skill) [11]. Comencemos con la definición del diccionario *American Heritage*. Habilidad es una “competencia, aptitud o destreza que se adquiere o desarrolla mediante capacitación o experiencia” [12]. Tradicionalmente, esta competencia se relaciona con el uso del cuerpo o de la mano, si bien más recientemente la palabra **habilidad** se ha comenzado a aplicar a una amplia variedad de actividades. Hablamos, por ejemplo, de habilidades comunicativas o de habilidades para la resolución de problemas.

Es importante recordar, sin embargo, que lo que se define como una habilidad construida histórica y culturalmente, y este proceso es de particular trascendencia para calificar tipos de trabajo. La influencia de la política y el poder se manifiesta en la categorización que hacen determinados grupos de interés de un tipo de trabajo como “calificado” [en inglés, *skilled*] y de otro como “semicalificado” [*semi-skilled*] o “no calificado” [*unskilled*], lo cual tiene consecuencias económicas y sociales significativas. Otro fenómeno histórico que cabe destacar es el creciente rol que el sistema educativo ha jugado durante el último siglo en el desarrollo y certificación de habilidades que, en otras épocas, se habrían desarrollado en el marco del propio empleo. El valor que esa habilidad tiene también lo determina el tiempo y el lugar. En la retórica de la “nueva economía”, por ejemplo, se privilegian las habilidades comunicativas o las de resolución de problemas, o la de trabajar en equipo, mientras que las habilidades mecánicas más específicas –asociadas con el trabajo obrero convencional– tienden a ser percibidas como menos valiosas. Todos estos procesos definitorios y el estatus que confieren implican atribuciones de cognición e inteligencia y, por ende, se incorporan a las inquietudes de este libro.

Trabajo [13]. Lo que nuestra sociedad define como trabajo también varía con el tiempo y el lugar (consideren las discusiones sobre cómo clasificar el trabajo doméstico), y lo que se clasifica como trabajo en un contexto (cortar cabello en un salón de belleza, reparar automóviles en un taller mecánico) se calificaría como un pasatiempo si se lo realizara en otro contexto. Este concepto del trabajo es fluido. A los fines de mi análisis, voy a plantear que el trabajo es un esfuerzo remunerado y con un objetivo que provee bienes o servicios para otra persona. La mayoría de las personas en nuestra sociedad tienen que trabajar durante una buena parte de sus vidas. El trabajo, cualquier trabajo, requiere una variedad de aptitudes humanas, desde la clasificación de objetos al ejercicio de la voluntad. Y el trabajo carga un significado y un juicio moral, de la sociedad, de nosotros mismos. “El trabajo –escribe el sociólogo en temas laborales Everett Cherrington Hughes– es una de las cosas por

las que se juzga [a las personas] y ciertamente una de las cosas más significativas por las que [nos] juzgamos [a nosotros mismos]" [14].

Existe una gran variedad de razones para trabajar, supervivencia la primera de ellas, pero, según la persona, la etapa que esté transitando en su vida, y el trabajo específico que realice, también puede haber muchas otras. Para algunos, el trabajo brinda la estructura de la jornada. Puede significar, como es el caso de mi madre, conexión social. También proporciona un medio para comprar bienes y servicios. El trabajo en sí mismo puede tener sus propias recompensas, de intelectuales a estéticas, pasando por físicas. Puede hacer que uno se sienta parte de algo más grande que uno mismo, como era el caso de mi tío Frank y el ferrocarril. Y puede contribuir con el sentido de identidad de uno.

En este libro nos encontraremos con personas que son competentes en lo que hacen, con experiencia, que se adaptan, y que son reconocidos por ellos mismos y otros. Ellas nos permitirán observar la práctica madura, y a menudo compartiré sus comentarios (y otros de similar calificación) como una fuente de conocimiento. También conoceremos a otras personas, en general más jóvenes, que recién están ingresando en un campo, si bien algunas ya se han comenzado a identificar con este (un estudiante de secundaria habla de la integridad del trabajo con la madera). Estos profesionales, con menos experiencia, novatos incluso, nos permitirán ver cómo brota la competencia, y nos brindarán una perspectiva sobre el desarrollo del trabajo y el pensamiento que lo acompaña.

Analizaré ejemplos de trabajo competente, ya sea en su desarrollo o en su ejecución madura, ya que mi intención es explorar algunas de las características del trabajo cotidiano cuando se realiza bien, así como encontrar las palabras apropiadas, la línea de observación adecuada para representar a la mente que posibilita esa competencia. Como la observación del periodista John Hoerr unos párrafos atrás sugiere: esta no es la forma en que se representa en general a los trabajadores estadounidenses. *Mentes trabajando* ofrece una historia distinta.

Pero ¿qué ocurre cuando el trabajo es mediocre, descuidado o francamente horrible? Todos hemos recibido alguna vez un producto o un servicio malo. Existen múltiples razones para un trabajo pobre —en cualquier ocupación, desde el peinado a la cirugía—: capacitación, motivación, características del lugar de trabajo, o los altibajos de la vida de las personas. Aunque este libro no es un estudio de la eficiencia laboral y sus resultados, ni un estudio de la calidad del trabajo producido por específicos grupos de trabajadores en su conjunto, presentará sobre la marcha algunos de los factores que afectan la calidad del desempeño, en particular desde la perspectiva de los propios trabajadores.

Una buena parte del trabajo moderno —especialmente obrero y de servicios— se caracteriza por condiciones laborales que limitan, a menudo gravemente, las diversas formas de sentido que podríamos sacar de él. Los observadores sociales, a partir de Adam Smith y Marx, han descrito el rol de descalificación, rutinización y regulación que ejerce el trabajo fabril. Más recientemente, la oficina y la “fábrica de

explotación electrónica” han sido objeto de preocupación. Esas condiciones no se distribuyen equitativamente en toda la sociedad; en nuestro país, la distribución de los pobres, los inmigrantes, las mujeres y las personas de color es desproporcionada en este aspecto. Y con esas distribuciones hay más patrones de inequidad, que la viven, por ejemplo, las mujeres o los afroamericanos a los que han excluido de categorías enteras de trabajo físico y canalizado hacia las oportunidades de salarios más bajos y con menores oportunidades para progresar. Esa desventaja impregna la historia del trabajo moderno.

Debemos ser prudentes, sin embargo, y no reducir la gran variedad de personas que trabajan en condiciones difíciles a una única masa de humanidad oprimida. De diversas maneras –aun cuando el trabajo sea una amenaza para el cuerpo y la dignidad– las personas tienden a buscar acción y significado en el marco de las restricciones que se les imponen. Si bien es evidente que muchos trabajadores renunciarían si pudieran, eso no significa que, en promedio, dejen de hacer valer su presencia en el lugar de trabajo y en toda su extensión. La investigación sobre el trabajo rutinario y repetitivo que realizó la periodista Bárbara Garson arrojó que existen indicios suficientes de aburrimiento, resentimiento y sabotaje. “Pero lo más revelador que descubrí –escribe– fue todo lo contrario de no cooperación. La gente quiere fervientemente trabajar... La creatividad se ve obstaculizada –continúa–, el ingenio más increíble se destina a objetivos y satisfacciones de la fabricación en empleos en los que el logro mensurable se ha visto totalmente racionalizado... Casi todos quieren sentir que están logrando algo”. [15]

Un tema común [16] en la teoría social relacionada con el trabajo moderno concierne su efecto perjudicial sobre la conciencia del trabajador. ¿Cómo se concilia ese tema con un libro sobre la inteligencia que se encuentra en el trabajo común? No hay ninguna duda de que buena parte del trabajo que hacen las personas es repetitivo, alienante y, a menudo, peligroso, y esto seguramente puede afectar el estado de ánimo y el sentido de las perspectivas que tiene uno. Existen estudios que demuestran los efectos negativos de ciertos tipos de trabajo sobre la flexibilidad intelectual, medida a través de preguntas de entrevistas y pruebas psicológicas [17]. Pero creo que debemos ser cautos al asumir efectos extensos y necesarios de determinados tipos de trabajo sobre la habilidad de razonamiento de quienes los realizan. Dicho análisis puede impedir ver claramente el matiz y la variación en la experiencia de trabajo de un individuo, así como las diferencias reales en el contexto físico y social de cada ámbito de trabajo. Se reduce aquí la complejidad de la vida en el trabajo. Podemos establecer con exactitud los efectos dañinos de las condiciones laborales modernas –las personas que nos acompañan en este libro ciertamente lo hacen– sin proponer una disminución automática de la conciencia y la capacidad de razonar del trabajador.

Hay otras historias para contar sobre la mente y el trabajo, y espero que las siguientes páginas aporten al relato. En esos capítulos presento varias ocupaciones conocidas en las que intervienen el cuerpo y la mano, algo característico de los tipos de trabajo que muchos en Estados Unidos han realizado a lo largo del último siglo y en los albores de éste. En todos los capítulos se aborda de alguna manera la

dimensión cognitiva de dichas ocupaciones y de otras similares. Del capítulo uno al seis se centran en tipos de trabajo particulares y en las personas que los realizan. Si bien algunos procesos cognitivos fundamentales son evidentes a lo largo de esos capítulos –por ejemplo, acceder a una base de conocimiento, poner atención en el entorno inmediato o seguir etapas en una secuencia– cada capítulo destacará, en cierto grado, ciertos aspectos de la actividad mental en el lugar de trabajo. Así, por ejemplo, el primer capítulo sobre el trabajo de camarera hará hincapié en la habilidad para pensar rápidamente en ambientes dinámicos como lo es un restaurante, mientras que el cuarto capítulo sobre carpintería detallará algunos de los procesos cognitivos que intervienen en ese oficio: cálculo, planificación, pensamiento visual, etc. No obstante, cabe destacar que dicho énfasis no significa tratamiento exclusivo; la cognición en el trabajo no está tan claramente segmentada. Colectivamente, los primeros seis capítulos, con sus diferentes énfasis y contextos, dan una idea de la riqueza general de las mentes trabajando. Aunque también contienen descripciones de personas en sus trabajos, el alcance de los capítulos siete a nueve es más amplio. Se inspiran en temas planteados en los capítulos precedentes para analizar más a fondo las distinciones consecuenciales que hace nuestra sociedad entre los tipos de trabajo y las suposiciones sobre la inteligencia arraigadas en esas distinciones.

En el capítulo uno, “La vida de una camarera en su trabajo”, y dos, “Peluquería y estilismo”, analizo dos tipos de servicios, dos vías laborales tradicionales para mujeres inmigrantes y de clase obrera. Estos dos tipos de trabajo en general se definen a la luz de las necesidades emocionales y sociales que satisfacen en vez de hacerlo en términos del pensamiento que interviene en su ejecución. No obstante, cuando se examina ese trabajo detenidamente, las distinciones fáciles se empiezan a desdibujar.

En el restaurante concurrido, la necesidad física y emocional, los rituales del servicio, la memoria, la economía de movimiento y la regulación del flujo de trabajo, todo interactúa dinámicamente. Como en los capítulos posteriores, esto lo veremos a través de una observación minuciosa del trabajo en sí mismo –tomar comandas, llevar comida a las mesas– y, también, tendremos una idea de cómo la estructura y las costumbres de un lugar de trabajo determinado dan curso al proceso mental que interviene. Mi madre ocupa un papel central en este primer capítulo. Su historia sirve como recordatorio de que el trabajo se basa en la historia personal y la moldea, y de ese modo revela motivos, deseos, valores y el sentido de identidad de uno. La vida en el trabajo tiene mucha riqueza de significado.

El salón de peluquería, como el restaurante, es un espacio público en el cual ocurren cosas íntimas. Al cabello se lo ha dotado de una gran importancia personal y cultural, y los clientes llegan con necesidades y deseos que expresan de diversas maneras. Es tarea del estilista, mediante conversación y gestos, técnica y sentido estético, hacer realidad ese deseo.

En ambos capítulos intervienen profesionales con experiencia, con un desempeño fluido, por lo que se hace hincapié en la competencia en su máxima expresión. En los capítulos tres a cinco pasamos a la perspectiva de desarrollo al considerar tres

de los oficios vinculados a la construcción, observando plomeros, carpinteros y electricistas novatos en contextos formativos a medida que atraviesan los desafíos de materiales y estructuras, funciones y fuerza. Observar a estudiantes nos permite acercarnos a la competencia cuando se desarrolla, a los movimientos kinestésicos y cognitivos básicos que surgen con el tiempo, una perspectiva que nos puede ayudar a mejorar las nociones estándares de inteligencia. Si observamos la naturaleza del trabajo común, dejando de lado en la medida de lo posible las distinciones que habitualmente hacemos, ¿qué podemos llegar a apreciar? Las interrogantes que me planteaba a mí mismo en estos contextos eran: ¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Cómo se aprende? ¿Qué permite que eso ocurra? ¿Qué significa en este momento ser inteligente?

El capítulo tres, “La inteligencia de la plomería”, ofrece la ocasión de observar a un profesor que fomenta entre sus alumnos una manera de pensar que permite resolver problemas. El papel que juega es particularmente importante ya que sus alumnos integran el programa de rehabilitación de la justicia de menores y reciben de forma especial esta forma de tutoría. Pero la interacción demuestra, también, el papel crucial de otros expertos en el desarrollo del pensamiento sistemático. Es más, el profesor y el oficio de plomero brindan la oportunidad para estos jóvenes de manifestar inteligencia tan a menudo ausente, o incomprendida, en el salón de aula típico. Un objetivo fundamental de este libro es ayudarnos a pensar y a referirnos de otra manera al trabajo común y a las personas que lo realizan. Este capítulo y el siguiente traen ese objetivo a un primer plano.

“Un vocabulario de carpintería”, el capítulo cuatro, ofrece una estancia prolongada en una clase de construcción en madera de una escuela secundaria, lo que nos permite observar cómo crece la competencia y el conocimiento. Cuando definía a la inteligencia, unas páginas más atrás, me preguntaba sobre las muchas expresiones de inteligencia en el lugar de trabajo que no entran en las medidas estándares. Mientras observamos a los jóvenes de este capítulo trabajar con madera, nos vamos haciendo una idea sobre algunos de los fenómenos que se pueden incluir en un lenguaje cognitivo más rico del trabajo, desde el uso estratégico de la herramienta y del cuerpo, hasta la emisión de juicios sobre la percepción de las cosas, pasando por la compleja interacción de lo verbal y lo técnico en la planificación de tareas y en la resolución de problemas.

En el capítulo cinco, “Técnica de reflexión: instalaciones eléctricas”, nuevamente observamos a personas que aprenden un oficio –en este caso, el de electricista– para considerar algunas distinciones de larga data en el mundo occidental sobre la actividad humana. Desde la Grecia Clásica, la cultura occidental ha tendido a oponer la capacidad técnica a la reflexión, ocupaciones aplicadas o prácticas a investigación teórica o “pura”, lo físico a lo conceptual. Estas distinciones no son categorías neutrales: en muchos contextos transmiten diferencias significativas en estatus y valor. Al acercarnos a los jóvenes en la realización de sus trabajos, sin embargo, vemos cuán complicadas son esas distinciones: lo técnico da lugar a la reflexión, lo físico y lo conceptual se combinan, y lo estético y la ética surgen constantemente de la actividad práctica.

Con el capítulo seis, “Dos vidas”, volvemos al desempeño experto, pero considerado a lo largo de toda una vida: una mujer en el punto medio de su carrera, una soldadora e instructora de soldadura, y otro tío mío, un hombre que se retiró de la industria automotriz, luego de pasar de la línea de montaje a la supervisión. Ambos adquirieron muchos tipos de conocimientos a partir de sus trabajos. El capítulo esboza las trayectorias de sus carreras laborales, pero con la mirada puesta en lo que significó el trabajo en sus vidas y el papel que jugó la mente en ese trabajo. Biografías cognitivas.

El capítulo siete, “Mano y cerebro, un concepto para replantearse”, prolonga un tema recurrente en el libro: la carga de la dicotomía cuerpo-mente y mano-cerebro en nuestro discurso cotidiano sobre el trabajo. Aquí se brinda la oportunidad para analizar más a fondo y alterar esa dicotomía con un nuevo examen de un retrato cotidiano de un operario de principios del siglo XX; un análisis comparativo de tres tipos de trabajo profesional de nivel superior, que incluye a la cirugía y la docencia; y un breve abordaje del proceso de la propia clasificación ocupacional. Cada una de estas partes fomenta que se reformulen las distinciones ocupacionales resultantes y, así, se propicia una mirada diferente de las creencias generalizadas sobre el trabajo físico.

En el capítulo ocho, “La mano y el cerebro en la educación: la paradoja de la formación profesional”, consideramos más profundamente los efectos negativos institucionales de una de las varias distinciones mano-cerebro: la separación de la rama técnico-profesional de la académica en nuestro sistema educativo. Durante cerca de un siglo, la división entre educación académica y formación profesional ha definido la experiencia de la educación secundaria para muchos jóvenes. En este capítulo se aborda la historia y las contradicciones internas de la educación técnico-profesional, y la manera en que ha socavado las posibilidades cognitivas del trabajo común y de aquellos que lo realizan. También se reflexiona sobre los esfuerzos de reforma que existen hoy y, con ellos, temas esenciales sobre la mente, el trabajo y la escolarización en una sociedad democrática.

La conclusión, “La vida en el trabajo”, es una recapitulación de lo que nos han enseñado sobre la mente y el trabajo quienes aparecen en este libro, y brinda una síntesis de los temas y las descripciones de este libro con una mirada hacia la formación de una representación más completa y más adecuada de la inteligencia que nos sustenta día a día.

Vivimos en una época en la que se habla y se opina mucho sobre la inteligencia. Algunos críticos [18] señalan que estamos obsesionados con ella para nuestro detrimento, por varias razones, entre las cuales está la forma en que el flash intelectual nos cegó ante las muchas debilidades de las burbujas del estilo puntocom y Enron, así como el apremio con el cual apresuramos a nuestros niños a atravesar niveles cada vez más altos de rendimiento escolar. Por todo eso, operamos con una noción bastante restringida de inteligencia, una que prácticamente se identifica con las medidas específicas verbales y cuantitativas de la institución educativa y de la prueba de inteligencia. Por lo cual subestimamos, o se nos escapan por completo,

las numerosas manifestaciones de lo que la mente realiza cada día, todo el tiempo, delante de nuestras narices. No es mi intención quitar ninguno de los logros que alcanzan a aquellos que la cultura certifica como inteligentes, sino más bien ampliar nuestra vista lo suficiente como para capturar la presencia de la mente a ambos extremos de la escala de las categorías laborales.

Mi propósito al escribir el libro, entonces, es proporcionar una mirada distinta sobre el trabajo cotidiano, que nos ayude a ver los lugares comunes con mayor precisión. Creo que una nueva apreciación puede contribuir a formar un retrato más preciso del mundo del trabajo en su totalidad, y nos puede permitir pensar más eficazmente y más humanamente a la educación, a la formación profesional y a las condiciones a través de las cuales tantas personas se ganan la vida.